



TENIA un cierto aire latino pero había nacido en Suecia, de padres suecos, abuelos suecos y toda una rama vikinga que no podía ocultar en cuanto hablaba con sus compatriotas suecas que venían de disfrutar las vacaciones en el Mediterráneo o cuando trataba de hablar con las que aún no habían conseguido ir a la Costa Brava pero pensaban hacerlo.

Ante la evidencia de su fracaso y el no comerse una rosca muy a pesar de aire agitado, decidió marcharse a España y aprender a bailar flamenco, hablar español correctamente y ligar suecas en verano.

EL SUECO DE PELO NEGRO

Su gran fuerza de voluntad y el incansable trabajo y empeño en lograr sus propósitos, hizo que en cuatro años pasara por un español más. ¡Lo había conseguido!

Fuese, pues, a la Costa Brava aquel verano. Nada más llegar oteó la playa, repleta de suecas rubísimas, cuando observó que una le miraba con deseo.

A ella se acercó y le dijo en

un mal inglés de español emigrado: —Do you like me? La hermosa rubia se le quedó mirando y mientras esbozaba una sonrisa que entreabría sus hermosos labios, contestó: —¡Oh! yes.

Por la noche, cuando en sus brazos abandonaba sus encantos la hermosa rubia, no pudo contener su emoción y exclamó: —Corpogen inmengen— (¡Qué cuerpo, chata!), dicho en sueco, naturalmente.

La moza se le quedó mirando asombrada. Luego, muy seria, respondió: M'ansambla que vuste es sueco. Y dándole un empujón huyó escaleras abajo mientras gritaba: Visca els catalans.

HIERRO



ABANDONADA

A mi hermana Raquel la ha abandonado su desodorante, con el que cohabitaba hace tres años. No veas cómo se ha puesto mi madre. Vivimos en un inmueble del Madrid antiguo, declarado ruina inminente a principios de siglo. Es un inmueble de corredores para los tenderos y de retrete común. El desodorante apareció una vez por allí, perseguido. Mi hermana Raquel, que vivía entonces en olor de santidad, se enamoró de él. Se llamaba Inodoro, que es lo contrario de Isidoro. Cuando quise darme cuenta ya tenía un sobrino adulterino que era una preciosidad. Pero ahora el desodorante ha abandonado a mi hermana, y no sabemos por qué. Huele la pobre que tira para atrás. Mi madre la llama barragana y otras cosas peores, y ella no hace otra cosa que llorar y decirle: «Madre, búsqieme un desodorante que no me abandone a media tarde». Y mi madre le dice: «¡Con lo bien que tú vivías antes en olor de santidad, que era un gozo olerte!». Pero la Raquel, ni caso, y es que le cogió el gusto a los desodorantes ya ha oído la sangre, como suele decirse. Va por las tabernas bebiendo rón y diciendo «dímelo tú, marinero», y cosas así. Anda por ahí buscándolo, pero, como yo digo, a ver quién sigue el rastro de un desodorante. Ni Rin-tin-tin. Lo peor son las vecinas. Dicen que, claro, cómo iban a olerse la tostada si el chulo de mi hermana era un desodorante. La desgracia ha caído sobre la familia. Nunca me gustó que mi hermana no oliese a nada. Yo la veía triunfar de la peste de las gallinejas, tan relimpia y desodorada. Sepulcro blanqueado, eso es lo que era. Los pobres, como dice mi madre, en su sitio. Siempre hemos oído mal los pobres, y pobre que no huele mal, es que no tiene vergüenza. No sé qué va a ser ahora de la Raquel. Arrejuntarse con el primer desodorante que encuentre, no me cabe duda. ¡Qué drama, Señor!

L.

